

Tecnología y motivación en la educación

Manuel Losada-Sierra^a ▪ Jairo Andrés Villalba Gómez^b

El tema obligado cuando se piensa en la educación es el cambio que hemos vivido en los últimos veinte meses y la importancia que la tecnología ha tomado en los procesos de enseñanza. No es que antes no hubiese sido importante, es que ahora parece que estamos obligados a pensar en la tecnología como lo más importante y pareciera que ahora que todos hemos aprendido a usar distintas plataformas y técnicas para la enseñanza virtual, nuestros problemas en el aula están en camino de resolverse.

Pero ¿qué pasa si la reflexión sobre la tecnología nos distrae de la pregunta central sobre el propósito de la educación y sobre lo que esta debe tener como preocupación principal? Hay muchos maestros sobresalientes que son capaces de enseñar sin importar el medio, pero la pandemia también ha proporcionado una excusa rápida para justificar las malas experiencias de enseñanza. Es cierto que los maestros hemos hecho lo mejor que hemos podido en estos meses de pandemia. También es cierto que esta pandemia ha sido una experiencia estresante y agotadora, especialmente para los maestros. Sin duda, hemos hecho mucho ante estos cambios inesperados. Pero cuando las tensiones de la pandemia hayan disminuido, ¿cómo cumpliremos las expectativas de los estudiantes en la nueva normalidad? ¿Sabemos qué puede ayudarnos a centrar nuestra preocupación en el lado humano de la educación?

Sabemos que los estudiantes aprenden mejor cuando están motivados. Muchos académicos desconocen en la práctica este principio básico y suponen que si los estudiantes han decidido

estudiar es porque se sienten motivados y, por tanto, comprenderán la relevancia de aquello que, como maestros, estamos tratando de transmitir. La clave para hacer que el aprendizaje sea efectivo, ahora y en el mundo pospandémico, es reconocer que la motivación tiene tres componentes fundamentales: autonomía, competencia y relación social.

La autonomía ha sido defendida durante años por distintos teóricos del aprendizaje, sin embargo, son pocos los espacios que concedemos a los estudiantes para que desarrollen su capacidad de agenciar su propia ruta educativa. Dentro de los planes de estudio de los programas, hay muchas formas de proporcionar autonomía. Los estudiantes pueden elegir asignaturas electivas, por ejemplo, o pueden participar en el diseño de los contenidos de los programas académicos. Incluso, a medida que salimos de la pandemia, deberíamos también dar la oportunidad de que los estudiantes decidan si regresan a la presencialidad o si desean continuar estudiando en línea. Esta participación y capacidad de decidir tiene que ver con el desarrollo de personas autónomas, creativas y comprometidas con el desarrollo del mundo en el que participan.

Como lo menciona la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OECD), los estudiantes preparados para el futuro necesitan ejercer la agencia en su propia educación y durante toda la vida. Agencia implica un sentido de responsabilidad de participar en el mundo y, al hacerlo, de influir en las personas, los acontecimientos y las circunstancias para mejorar. La

a Doctor en Filosofía. Editor de la revista *Academia y Virtualidad* y profesor titular de la Universidad Militar Nueva Granada. Correo electrónico: academiayvirtualidad@unimilitar.edu.co ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3681-8475>

b Doctor en Bioética. Editor de la revista *Academia y Virtualidad* y profesor asistente de la Universidad Militar Nueva Granada. Correo electrónico: jairo.villalba@unimilitar.edu.co ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-3884-7333>

agencia requiere la capacidad de enmarcar un propósito rector e identificar acciones para lograr una meta.

Según la OECD, para ayudar a habilitar la autonomía, los educadores no solo deben reconocer la individualidad de los estudiantes, sino también reconocer el conjunto más amplio de relaciones (con sus maestros, compañeros, familias y comunidades) que influyen en su aprendizaje. Un concepto subyacente al marco de aprendizaje es la co-agencia, es decir, las relaciones interactivas de apoyo mutuo que ayudan a los alumnos a progresar hacia sus objetivos. En este contexto, todo el mundo debería ser considerado un aprendiz, no solo los estudiantes, sino también los profesores, los administradores escolares, los padres y las comunidades.

Dos factores, en particular, ayudan a que los estudiantes desarrollen la autonomía. El primero es un entorno de aprendizaje personalizado que apoya y motiva a cada estudiante a cultivar sus pasiones, a hacer conexiones entre diferentes experiencias de aprendizaje y oportunidades y a diseñar sus propios proyectos y procesos de aprendizaje en colaboración con otros. El segundo está en la construcción de una base académica sólida en la que estén presentes la formación matemática y la lectoescritura. Además, en la era de la transformación digital y con la llegada de *big data*, son importantes también la alfabetización digital y de datos, al igual que la formación física y el bienestar mental.

Igualmente, la creciente corporativización de las instituciones de educación ha llevado a la centralización de la gestión administrativa, con la consecuente reducción de la autonomía de docentes y estudiantes para decidir sobre su propio desarrollo académico. La taylorización de las instituciones de educación implica que las decisiones sobre lo que sucede en las aulas se toman desde las instancias administrativas, las cuales definen lo que los docentes deben hacer en las aulas y los objetivos que deben alcanzar en su gestión académica. Al contrario, la autonomía en el diseño de cursos y asignaturas permite que florezca la creatividad y que se desarrolle un diálogo entre docentes, estudiantes y administradores educativos, sin imposiciones ni decisiones predeterminadas.

El diálogo y, por tanto, las relaciones sociales con frecuencia se descuidan en el proceso de aprendizaje porque se ven como algo accesorio o añadido. Tal pensamiento subestima la enorme influencia de los compañeros en la motivación y el aprendizaje. La formación de conexiones significativas entre estudiantes y docentes mejora la motivación. Las conversaciones significativas son posibles también en el aula híbrida y en línea, si las facilitamos en un espíritu genuino de colaboración.

El diálogo en el ámbito educativo permite que los estudiantes desarrollen la capacidad de argumentación y escucha, las posibilidades de encontrar soluciones a los problemas comunes mediante la colaboración y, especialmente, el entender que la solución de los problemas sociales es una responsabilidad compartida como ciudadanos. En un mundo caracterizado por las inequidades, el imperativo de conciliar perspectivas e intereses diversos en contextos locales con implicaciones a veces globales requerirá que los jóvenes se vuelvan expertos en manejar tensiones y dilemas, por ejemplo, equilibrar la equidad y la libertad, la autonomía y la comunidad, la innovación y la continuidad, y la eficiencia y el proceso democrático.

En un mundo de interdependencia y conflicto, la gente logrará asegurar su propio bienestar y el de sus familias y sus comunidades solo desarrollando la capacidad de comprender las necesidades y deseos de los demás. Para estar preparados para el futuro, debemos aprender a pensar y actuar de una manera más integrada, teniendo en cuenta las interconexiones e interrelaciones entre ideas, lógicas y posiciones contradictorias o incompatibles, de perspectivas a corto y largo plazo.

Centrarse en los pilares de autonomía, relación social y competencia, tanto para los docentes como para los estudiantes, fomentará la motivación y ayudará a las instituciones de educación a lograr su misión, independientemente de si estamos ubicados en un solo lugar o repartidos por todo el mundo. La tecnología es un facilitador, ni más ni menos. Las personas son la magia que hace de las instituciones de educación lugares de inspiración donde docentes y estudiantes se desarrollan.